

mueve obligatoriamente la voluntad; mejor dicho: **Nos deja ser libres.**

Las obras del Santo tienen como dos fines: 1.º Que el alma se disponga a adquirir la gracia y 2.º que la aumente más tarde. *La gracia es el amor de Dios a mi alma*, que la quiere elevar hasta **sí**. Este conocimiento nos viene de la **fe**, ayudado de la Filosofía y Teología. Dios queriendo llenar a un alma: que deje de ser natural y se haga sobrenatural.

Dificultades del natural: La gracia tiene que tener un organismo al igual que la naturaleza corporal. El Señor pone ese foco de luz que hasta entonces no tenía, esa mirada de claridad dulcísima, mirada de ángeles, que es su gracia; mas esta gracia necesita nuestra cooperación. Es decir que la tenemos que desarrollar nosotros por las virtudes; y según sea mi determinación aumenta Dios esta gracia en mi alma.

Principio fundamental: Es santo quién quiere serlo (ya la comprendemos, pero no lo practicamos). La iluminación de las potencias, ese calentamiento del alma en el amor **de Dios**, está en nosotros, en nuestra voluntad. El alma que deja desarrollar esta vida sobrenatural, posee las virtudes aunque en forma muy oscura.

Obstáculo tremendo: flaqueza del hombre (apetitos, sensualidad, soberbia, avasallamiento del natural, desorden, etc.). Si la virtud

es el principio de la gracia sobrenatural, la flaqueza y el desorden es su enemigo más capital. No podemos vivir en la luz y en las tinieblas; explica este principio el Santo. Pues amadísimos míos, no nos llamemos a engaño; si queremos vivir en la luz, salgamos de las tinieblas según nos aconseja San Juan de la Cruz: “Sal de esas tinieblas que te atormentan, que te roban el amor de Dios, esa luz que el Señor te quería dar, y por esa muralla que te pones entre él y tu alma no te la puede comunicar”.

Lo primero que hay que hacer es, pues, quitar los apetitos que nos entorpecen para el bien obrar y nos dejan sin virtudes teologales vivas. No puede sentir la vida quien está muerto; mientras que quien las tiene se da perfecta cuenta de su grandeza. La vida en sí es siempre amable, los obstáculos que la entristecen son siempre ajenos a ella.

El alma que tiene ese foco de luz, empieza a comprender la belleza, la hermosura y grandeza de esa belleza de Dios. La entran deseos de vivirla íntimamente y quiere llegar a la consecución perfecta de las virtudes. El ejemplo de una flor en el orden natural y sublimada esta flor al orden sobrenatural. Sigue el ejemplo del mundo que nada del orden sobrenatural comprende, porque está muerto a esta vida. En cambio el alma sobrenatural, espiritual,

porque vive intensamente la vida espiritual, ansía, busca, pide las virtudes y sobre todo se abraza con la cruz bendita del Señor, luz y síntesis de todas las demás. La vida del Santo es prototipo de este género. **Mi vida es Dios**, decía con San Pablo. Este germen de vida sobrenatural no se desarrolla en mí naturalmente y es entonces (si yo coopero) cuando mi Padre Celestial bajará los brazos hacia mí para darme la fe, esperanza y el amor; para después darme la caridad en la perfección del cielo. Así fue la vida de San Juan de la Cruz, lo mismo en su niñez, como en su juventud: establece vivir en esa vida interior, por la oración constante, no la consigue sin las virtudes: **“en su celdica”... “retiradico”**. Cuando Santa Teresa fue a Medina y habiéndola hablado mucho de un Fr. Juan de Santo Matías, muy ejemplar y penitente, pensando que sería ideal para su Reforma, quiso atraérsele y hablar con él. La costó mucho conseguirlo porque el Santo puso muchos obstáculos a la entrevista, porque había comprobado que el exterior le distraía; bien cumplía lo que de él había dicho Santa Teresa: “No habla absolutamente con nadie”. La Santa en la célebre visita conoció al Santo y el Santo encontró una santa. Más tarde en Ávila las entrevistas subieron de punto, como ni siquiera podemos soñar. Cuando la Santa

había dejado definitivamente el locutorio... ¡Y cómo será el conocimiento experimental que sienten los místicos! Los SS. PP. que han visto y comprendido la grandeza de Dios: ¿qué habrán sentido? Si podía decir la Santa Madre refiriéndose a aquellos comentarios que hacía el Santo Padre de Dios: “Con Fr. Juan no se puede hablar de Dios, porque traspone y hace trasponer”. ¿Cómo enseñaría el Santo la manera inefable con que Dios se da al alma, **cuando ésta se da Dios?** Qué grande es este Santo que comprendió, vivió y expresó la máxima de las grandeza: **El amor de Dios...** De los dos Santos podía decirse que eran el querubín y el serafín juntos.

Los grandes deseos que tenía el Santo Padre de atraer a las almas a esta suma grandeza de Dios, le hacía exclamar: “Oh, almas creadas por Dios para estas grandezas: ¿qué hacéis, en qué os detenéis..? Ser almas de grandes deseos, con arranques para salir de sí mismas, como el alma santa que canta maravillosamente en sus canciones:

“En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡oh, dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada”.

Dueña de sus sensaciones, el alma ha salido de la presunción humana en busca de su **amado**:

“En la noche dichosa
en secreto que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba,
quién yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía”.
“Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura”.

¡Oh, Dios y Señor nuestro!: Como niños pequeños estamos jugando con lo que tanto nos importa. Haced que hagamos hoy el firme propósito de determinarnos a vivir nuestra vida. Entra en mi alma y que la mirada dulcísima de tus **ojos** me mira, para que yo entre en tu Misericordia y más tarde en el cielo.

II

¿Quién no siente en sí estos deseos de haber adquirido la santidad? Dios los pone a todos en el alma; es un efecto de la gracia, y una gracia de Dios. El Santo Padre pone todo su calor para que las almas lo deseen. Dios mío: ¿y por qué no adelanto? Y la cosa es que a lo que parece lo que más me interesa es esta santidad. Pero lo que sucede es que nos engañamos a nosotros mismos con los buenos deseos. Se lo pedimos todos los días al Señor, haciendo los propósitos y no acabamos de darnos. El enemigo y el obstáculo que nos lo impiden dice San Juan de la Cruz, son **los apetitos**.

¿Qué son los apetitos? En los primeros capítulos de "La Subida" empieza a explicarlo y lo hace así, porque va directamente contra el enemigo; da la razón de ello repetidas veces: **"Trato de la unión del alma con Dios"**. El apetito es el amor desordenado a la criatura. Hemos de amar a todas las criaturas por el rastro que tienen de Dios y en cuanto nos llevan a Dios:

"Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura"

No es el amor lo que condena el Santo, sino la caricia amorosa a la criatura en contra del amor de Dios. Y hay que quitar los apetitos y arrancarlos de nosotros. Dos elementos tienen los apetitos: parte natural en cuanto son apegos desordenados a las cosas; y espiritual en cuanto manchan al alma. El apetito es el preferir de la voluntad, el inclinarse a las cosas en vez de a **Dios**; son cosas que siempre halagan a los sentidos. (La soberbia no es un apetito; ya de por sí es un pecado capital). Si el Señor ha creado las criaturas ha sido para amarle a **Él** en ellas y amarle sobre todas las cosas; y viceversa cuando un alma llega a amar a Dios con todas sus fuerzas, esa alma ha llegado a la santidad que consiste en **hacer y preferir siempre la voluntad de Dios**. Y cuando se detiene en el camino, no llega a su fin. Los apetitos en resumen, cansan, atormenta, oscurecen, ensucian y enflaquecen al alma. Un apetito pone estos cinco efectos en el alma; y lo que debe hacer esta alma es salir detrás del Amado intentando lo posible “sosegar” su alma y matar sus apetitos.

¿Qué diferencia hay entre las faltas actuales y los apetitos? El apetito es algo permanente, las faltas actuales son solo faltas de paso; parte proceden de la ignorancia, parte de la flaqueza natural. Y de éstas aún las almas muy santas no se libran. El apetito es el apegamiento del cora-

zón que llena el mundo de penas y el infierno de almas. Es el aguijón que no nos deja llegar a Dios ni tener paz con nosotros mismos. ¿De qué nos extrañamos pues, si es que no los hacemos guerra sin cuartel? Cuando el alma al contrario ahoga hasta las raíces mismas de los apetitos, puede salir clamando con el Santo Padre:

“Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras”.

No cogeré los halagos de las criaturas vivas, ni la suavidad de las inanimadas; se sabe sobreponer a sí misma, clama a Dios, el cual le pone aliento en el corazón. Amaré a todas las personas en **Ti**, y así desde las inferiores hasta las superiores las encaminaré a su fin.

“Ni temeré las fieras”. Las tres concupiscencias de que habla San Juan. Confiada el alma en la Misericordia de Dios, entrará aunque sea en la cueva de los leones de Daniel; y los leones nada le harán, porque antes ella les dio el golpe de muerte. Los ha vencido por el sacrificio, penitencia interior y exterior. Tendrá un conocimiento más íntimo; ese dominio que hace sobreponerse a todas las cosas y no alte-

rarse nunca por nada, mirando siempre al cielo. Y así era el Santo. Aquella suavidad de carácter que demostraba en todo, principalmente en las cosas pequeñas. En el viaje a Valladolid con la Santa Madre la cual decía que era él quien la tenía que enseñar a ella y en cambio iba a ser enseñado en el conventito de las monjas, cómo tenía que santificarse en la Reforma. Acaeció que un día una religiosa tuvo un descuido y se olvidó de sacar los corporales al sacerdote que debía decir la Santa Misa y que aquel día era San Juan de la Cruz. Entonces fue a dárselos a él, sin que nadie se diera cuenta y el Santo le devolvió los corporales y le dijo: "Hermana: tome los corporales y vuelva delante de la Madre y, si la dice algo, la responde se le habían olvidado".

Ya el alma no se preocupa de lo que dirán los hombres, sino lo que dice Dios. Así que él en cuantas ocasiones se le presentaban se humillaba profundamente y continuamente hablaba de la humildad y pobreza de su familia. Recordemos a este propósito aquella ocasión en que le dijo el Arzobispo de Granada a renglón seguido de oírle hablar y verle trabajar en la huerta de labranzas: "Padre: me parece que V. R. ha sido labriego". Y él le contestó: "Ni eso todavía; soy hijo de pobres tejedores de buratos". Llega a esa humildad cumbre. A aquellas

religiosas con quién tan íntimamente trataba, y a quienes llevaba tan dentro de sí, las decía que por nada se alterasen; porque esas almas tienen casi un dominio de sí y en todo permanecen ecuanímes. Incluso dentro de la más absoluta pobreza; porque no han de preocuparse con demasía de las cosas materiales. A este propósito decía Santa Teresa a sus hijas: “Nunca pidáis, que Dios os lo dará”. Al igual que el Santo Padre quería que la atención fuese toda encaminada hacia **Dios**. Por eso se emplean las Carmelitas en la recreación en labores sencillas. Estando un día en la recreación a la que asistía el Santo, aconteció que una de las religiosas se impacientaba por terminar antes que otra hermana su labor de hilados; el Santo se percató de ello y la dijo: “Hermana: no se altere por nada, porque V. C. terminará antes que la otra hermana. Y así sucedió, porque a esta otra hermana el huso se la rompió y la desconcertó la devanadera. En toda ocasión el Santo estaba abrazado a la cruz, pero con penitencia interior sobre todo, sometido todo su natural a lo sobrenatural.

Dios que es el **Eterno**, que nos llenará de su sabiduría, es imposible que habite en un alma entenebrecida por los apetitos, y el Santo Padre quiere que las almas que emprenden este camino, encaminen todo su obrar hacia Dios; su entendimiento, su voluntad, su querer, todo

absolutamente, todo sea para Dios. Y entonces viene el levantamiento del corazón, esa llama que quema todas las flaqueillas y arde cada vez con más intensidad. Y así sale el alma como salía la del Santo buscando aquellas ansias de amor que tan bien canta él en su **noche**: “La casa sosegada” sabe tender el vuelo hacia arriba. No es el deseo de cosas terrenas, sino el de conseguir el **amor eterno**, el que le hace salir de sí y llegar hasta el cielo para encontrarse con los dulces y amorosos ojos del Padre Celestial. ¡Oh, grandeza de este **amor**! Las almas que lo han comprendido dejan todo (es el caso de San Bernardo y de sus hermanos), para hablar a Dios, encontrarle y gozar definitivamente de **Él**. Tenemos que sacudir esas tinieblas que nos impiden darnos del todo a Dios y matar los apetitos.

¡Oh, Dios y Señor nuestro! Que con toda tu belleza y hermosura quieras venir a mi alma ¡Quiero ir hacia Ti para que estos apetitos que me entorpecen, no me estorben; dame ese rayo de luz que penetre mi alma y me saque de las tinieblas y pueda gozar con ese gozo inefable que comunicas Tú al alma que sabe negarse de verdad. Oh, sabiduría eterna y verbo encarnado!, danos participación de Vos, para que de una vez nos demos a Vos y triunfe en nosotros la sabiduría de la santidad.

III

Uno es el fin de San Juan de la Cruz y mirando el Santo que por no disponerse el alma no puede transformarse en Dios y que sentía y comprendía esa grandeza de que Dios llena las almas y las quiere para la santidad; ha escrito sus obras precisamente para esas almas, para ayudarlas a superar tantos obstáculos que se las presentan para ser de Dios de todo corazón. El Santo es la luz, la dulzura y nosotros deteniéndonos nada más que en los medios que emplea, medios para llegar al fin propuesto, concebimos al Santo Padre seco, austero y adusto; y nada es más equivocado.

El nos enseña cómo hemos de vencer los apetitos que se oponen a conseguir la unión con Dios; es decir los apetitos de que antes hablábamos y contra los que el Santo nos da los mejores remedios. Realmente el apetito es propiamente del sentido y de la voluntad en cuanto lo admite. La recta voluntad se subleva contra ellos y los dirige hacia Dios; e igual ocurre con las pasiones que encaminadas al Señor son buenas. Los vendavales, que nosotros llamamos pasiones, son sensualidades que nos arrastran por el fango.

Hay dos clases de apetitos: sensuales y espirituales. Los espirituales son de los cuales voy

a tratar; apetitos que son los que más daño pueden causar en las almas piadosas, pues oscurecen la oración, al alma la traen inquieta muchas veces, etc. Por ser apetitos espirituales nos hacen juzgar por nosotros mismos las cosas de Dios; porque entra aquí también el sentido (sensible) y así juzgamos de lo que siente el alma en los momentos que llamamos de fervor. El fervor está en la entrega que hacemos de la voluntad a Dios; es algo más grande precisamente que esas lagrimillas que algunas veces nos salen en la oración, quedando por ello muy satisfechos. Por eso el Santo Padre nos dice: “No dejéis, oh almas, la oración por el disgusto que podáis encontrar en ella”. Hay veces en que se hace con gusto natural, y otras con gran repugnancia natural. Cuando nos buscamos a nosotros en lugar de a Dios la obra es buena, pero no perfecta. La oración perfecta es entregarse en manos de Dios.

“Las almas que buscan en la oración sus gustos, no buscan a Dios, sino a sí mismas”, nos dice el Santo. Así que no es difícil hacer grande oración. Consiste todo en levantar el corazón a nuestro Padre Celestial e identificar nuestra voluntad con la suya. Cuando en vez del gusto, encontramos en la oración el tedio, la sequedad, la tentación, etc., creemos que no hemos hecho oración y sin embargo el Santo,

porque es más humano que nadie, se acerca a las almas dándose cuenta de su pena y las dice: "Por qué no vais a poder hacer oración". Nos figuramos a San Juan de la Cruz extático y es verdad que pocos santos ha habido tan levantados como él, pero sin embargo donde él adquirió la perfección fue en las pruebas. Así recordaba con tanto cariño la cárcel de Toledo, cuyo tiempo fue muy duro para el Santo y con todo decía hablando de él a sus monjitas: ¡Oh, carcelilla amada, quién pudiera volver a ella! Allí tenía el Santo cruz a secas, cruz de verdad y ese ocultamiento del Señor al exterior junto a una gran sequedad interior; viviéndola el Santo firme porque sabía lo que era devoción de verdad y eso que Dios se oculta a su alma y los hombres siguen labrándole muy finamente; hasta el punto de considerarlo poco menos que un gran hipócrita y así le salió del alma aquella canción:

“¿Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido”.

También a nosotros tal vez habrá llegado esa tentación, y no nos vendrá mal el recor-

dar lo que el Santo nos dice a propósito de las Comuniones que nosotros creemos que son hechas sin fervor: "Oh alma: no te desalientes; en eso y por encima de eso está la santidad y el Señor". Cuantas veces estaba él delante del Señor en oración de deseos y según el mismo nos dice, en esas circunstancias es cuando Dios toca al alma tan delicadamente que ella se estremece; y continúa diciendo que lo hace Dios en esa contemplación oscura y en fe, cuando el alma espera a Dios tranquilamente. Y ya sabemos cómo hemos de vencer ese apetito espiritual. Dios está por encima del gusto y a la vez es más accesible que todo eso. Si buscabas a Dios, oh alma ¿por qué te asustas y qué te importa que la imaginación ande alocada, cuando el corazón está delante de tu Padre Celestial. ¿No sabes que es más grande delante de Dios sentir la compunción que saber definirla? (Kempis).

E igual que este apetito hay que extirpar los demás y dejar el alma a oscuras. Así quitarás esas telarañas que te impiden la unión con Dios. Y saborearás entonces las sentencias del Santo Padre, que ensanchan el corazón, porque él escribe para esas almas que son buenas y determinadamente deseosas de la perfección.

Para venir a gustarlo todo
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.

No quiere esto decir que no se sepa, sino como él se oriente el saber a Dios. Eso es lo que pretende el Santo ir cercenando lo que hay en nosotros de torcido, sea sensible o espiritual.

El alma que se sobrepone a sí misma por la Fe, tiene un conocimiento de Dios clarísimo, por cima de todo conocimiento natural. La creación la encamina entonces a su Creador. Así sucedía al Santo, cantaba a su Creador por la criatura. Y sabe esperar a Dios, con esperanza y deseos. Llega a amar a Dios sobre todas las cosas y nos da a nosotros el medio para que también le amemos así. Es un camino lleno de luz que él aclara en la 2.^a estrofa de la **Subida**:

A oscuras, y segura,
por la secreta escala disfrazada,
“oh, dichosa ventura
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada”

Y el alma sabe caminar con pasos firmes hacia Dios. Hagamos el propósito de entrar decididamente por estos caminos de luz.

IV

Hermosear nuestra alma, ponerla limpia grabando en ella la imagen de Jesucristo es a lo que aspiramos. Saliendo de las manos de Dios perfectos, nos encontramos imperfectos debido al pecado original; y debemos santificarnos tomando como único **modelo a Jesucristo nuestro divino redentor**. Pero nuestra alma va salpicada por las manchas del camino (y no nos referimos a las almas empecatadas, porque éstas están muertas), sino a almas buenas que quieren ser mejores.

Los apetitos, como hemos ya dicho, causan en el alma esos cinco efectos: atormentan, cansan, oscurecen, ensucian y enflaquecen. Son como el zagal que está estimulando al buey que no puede con la carga. Se ponen encima de nosotros para que no veamos la luz indeficiente de Dios. Y el Santo y sus libros tienden al esclarecimiento, purificación y encendimiento del alma. Siguiendo el principio que él mismo pone en sus obras: **“La luz y las tinieblas son contrarios”**. ¿Cómo lo haremos, cómo lo hizo

y vivió el santo bendito? Por los dos medios que él enseñó: **La penitencia y la oración**, que se aprenden vivamente en la imagen de Jesucristo. Tenerle siempre presente con amorosa presencia es el medio que resume los otros dos y la mejor manera de imitar a Nuestro Señor. La penitencia se nos presenta áspera y precisamente San Juan de la Cruz lleva a las almas por este camino al monte de la perfección. Así que también se nos presenta igualmente brusco. Y sin embargo era dulcísimo, igual que la penitencia que predica. Pues uno de los efectos de ésta es precisamente la dulzura de carácter. El Santo Padre establece dos clases de penitencia: corporal y espiritual; al igual que dos clases de apetitos. La corporal es contra los apetitos externos y la espiritual contra los internos; o por otras palabras: la corporal contra los sensuales y la espiritual contra los internos. Y la misma diferencia hay entre éstas dos clases de penitencia que entre la oración mental y vocal; es decir entre el rezar y el ofrecerse al Señor de corazón. La vocal sin la mental no puede ser la perfecta. La grande penitencia no es la maceración que nos espanta (ésta muchas veces hace caracteres soberbios), si no se anda con cuidado y que declina en penitencia de bestias. La grande penitencia manifestación del amor que el alma muestra a

Dios, es la espiritual. “No podemos borrar los defectos y adelantar en las virtudes sin ellas; es imprescindible la penitencia”. El vencernos a nosotros mismos, ser amables, soportar las diferencias de caracteres y demás, es una gran penitencia por ser espiritual, es decir de dentro. La espiritual es la que más levanta al alma y esclarece el espíritu; pues los más graves apetitos son los espirituales precisamente por tratarse de cosas buenas. Por lo tanto más se arraigan en nosotros y en consecuencia más cuesta romper con ellos.

Pero qué triste es, que cuanto más necesitamos de la penitencia, más la rehusamos; el corazón se persuade cuando no tiene más remedio. La mejor manera de adquirir más fácilmente esa convicción es usar del medio que el Santo y todos los santos emplearon. Tuvieron que acudir a **Jesucristo** afrontado, deshonrado, calumniado, coronado de espinas, puesto en una cruz y esto siendo el **inocente** por autonomasia. Éste argumento era el que siempre también usaba Santa Teresa, cuando la decían que fuera menos austera sobre todo en la pobreza. Y aún más; el Santo Padre nos da el consejo de “que haga en todo como hiciera Jesucristo”. Y contesta al religioso que el cariño le hacía pedir al Santo que disminuyese sus penitencias: “Mire, hijo, aunque venga un

ángel a decirle que no haga penitencia, no le haga caso, mientras permanezca Jesús en la cruz”. Y tanto se entusiasmó con la cruz que estando pensando en la pasión, se le presentó Jesús. Y en Segovia delante del cuadro de Jesús Nazareno al preguntarle el Señor: “Juan: ¿qué quieres por lo que por Mí ha hecho?”; “Señor: padecer y ser despreciado por Vos”, le contestó el Santo. Seguramente sería aquella Semana Santa que estaba santamente loco, recibiendo esos toques suavísimos del Espíritu Santo, de que habla él en sus obras; enajenado por completo de las cosas de la tierra. Así pues intentemos al menos imitarle y que cuando se nos ofusque el entendimiento y la imaginación con sus espejismos de mil y mil razones erróneas, **miremos a Jesús crucificado.**

En esta petición le pide San Juan de la Cruz al Señor lo más terrible: el desprecio del corazón. El tercer grado de humildad, la penitencia del heroísmo; y para mí tengo que como a él le costaba muchísimo conseguirlo le suplica al Señor se lo conceda. El que piensen mal de mí, que me tengan por malo. Y lo había aprendido de Jesucristo en aquellas largas noches que pasaba junto al Sagrario, llenando su inteligencia de la claridad de Dios y el corazón de su amor. En la huertecilla de Segovia confidencialmente le comunicó la petición que había

hecho al Señor, a su hermano Francisco. Éste con toda su sencillez le dijo: –“¿Y se la concederá el Señor?” –“Seguramente que sí”, le contestó el Santo. Esa es la razón por la que los santos sufren esos desprecios de los que les deben de amar; y a veces sin saber por qué se da media vuelta a las cosas y se encuentran perseguidos de los suyos mismos. **Es que los santos saborean la cruz de Cristo.** Y para qué queremos vivir, si no sabemos amar así a Dios Nuestro Señor.

La penitencia últimamente nos enseña a amar; quiero decir a **orar**. Ya sabemos que hay dos clases de oración: oración vocal y oración mental o **interior**. No la quería llamar **mental**, porque no asuste a las almas; bien sabido también que no hace falta discurrir sino ofrecernos a Dios para que **Él** que es la **luz** y el calor nos alumbre y caliente. Para esta oración especialmente es imprescindible la penitencia y si no sabemos **orar**, es porque no somos penitentes. Pues según dice la Santa Madre “regalo y oración, no se compadecen”. Por este medio los santos aprendieron a perdonar a sus enemigos. San Juan Gualberto en un Viernes Santo, se encontró con uno de sus mayores enemigos a quien deseaba ver para vengarse de él; su primera intención fue lanzarse sobre él y matarlo. Pero se acordó de Cristo en la

Cruz y cambió completamente de parecer. Abrazóle perdonándole de corazón. Tenemos que aprender a vencernos teniendo como modelo sólo y exclusivamente a **Jesucristo**. **Y Él** nos pondrá la delicadeza de su sabiduría en nuestra inteligencia y la fuerza de su **amor** en nuestro corazón y la **fortaleza**, que ha hecho santos a tantos débiles, en nuestra voluntad.

¡Oh, Dios y Señor nuestro! Qué grandemente habéis levantado a San Juan de la Cruz! Que Tú también entres en mi corazón para que como el Apóstol pueda decir: "**Mi vivir es Cristo**". Y sabremos levantar así nuestro cántico de alabanza y unirlo al de los ángeles del cielo.

V

San Juan de la Cruz no acudió a la razón para explicar las cosas sobrenaturales; pero lo hizo por la **fe**. Antes resumimos ampliamente la necesidad que tenemos de hacer penitencia, si queremos adentrarnos en el muy íntimo ser del alma donde se llega a paladear a Dios, según se propuso demostrarnos en sus obra el Santo Padre. Ahora vamos a dar la suprema razón de la penitencia. Esa suprema razón es **Jesucristo**. Así mirada la penitencia sí que

entra en el corazón y llega a lo más íntimo del alma. **Yo soy cristiano y quiero imitar a Jesucristo;** deseo imitarle haciendo penitencia. **“Si quieres venir en pos de Mí, toma tu cruz y sígueme”.** Así le imitó el Santo bendito y así pudo gradualmente acercarse a la fuente de la verdadera sabiduría, y poco a poco ir quemándose. Pero lo que más atraía al Santo y la palanca mayor para él fue **el amor**. De él voy a hablar ahora. Es hablar del cielo en la tierra.

San Juan de la Cruz escribe para decirnos cómo debemos y podemos acercarnos y com-penetrarnos con Dios. Es una frase atrevida, pero real. Poco a poco nos va diciendo cómo tenemos que quitar los obstáculos, vencer nuestros apetitos y demás, para llegar a esa unión con Dios. ¿Habéis pensado alguna vez esto? Los actos y pensamientos del alma, son divinos y el Santo da la razón: **“Porque Dios y el alma son una misma cosa”.** Luego los actos del alma están divinizados. Y Dios lo quiere para todas las almas; igualmente para nosotros. Porque “para este fin de amor fuimos creados”, según el nos lo dice. Y ¿quién es **Dios** y quién es el hombre? Este desde la caída del pecado es el desbordamiento de la naturaleza hacia el mal; un edificio en ruinas. El orgullo desborda el entendimiento y de ahí que los apetitos nos ciegan y hacen caer. El hombre

en fin es tinieblas y naturalmente está siempre en rebelión contra Dios. Pero las almas oponiéndose a sí mismas son levantadas hacia su Dios, por su divina gracia.

Y ¿quién es Dios Nuestro Señor? Nos lo ha dicho: es nuestro Padre Celestial que quiere acercarse a mí y me quiere levantar hacia **sí** y darme su belleza. Es verdad que en la creación hay gran rastro de su belleza; pero esa hermosura no es sino migajas caídas de la mesa de Dios, según frase del Santo.

La verdadera riqueza es Él mismo y se nos quiere dar. Los hombre nos empequeñecemos, somos nada menos que hijos de Dios. En fin: ¿Quién es ese Padre Celestial? **Es la gran misericordia de Dios;** pensamiento que explican los santos Evangelios, las Epístolas de San Pablo, la Teología; por fin... **Las obras de San Juan de la Cruz.** El ha tratado de darnos inteligencia sobre un tema que ningún santo ha tratado: los misterios más hermosos que en la tierra podemos vivir muy íntimamente; la gracia de Dios que Él mismo pone en nosotros; en nuestro corazón en principio. Esa alma tiene la fe que Dios la infunde y lo que tiene que hacer es dejarse guiar por ella, por la esperanza y la caridad que formará en su alma, es la llama viva que tiende hacia arriba, a las claridades del cielo. Dios nos las pone, Él que es

la actividad infinita pone ese deseo en el alma; y ésta no tiene sino que cooperar a esa acción de Dios.

La gracia es el amor de Dios en el alma y Él quiere perfeccionar, desarrollar ese amor de Dios amistosamente en mi alma hasta su perfección. Ese amor incipiente, quiere elevarlo hasta su plenitud que es Él mismo. **He sido creado por lo tanto para el amor de Dios**, principio de razón. Alma que te dejas llevar de tus apetitos y flaquezas, que te paras en tu misma contemplación, déjate a ti misma y entra en esta claridad y gozarás de este amor de Dios en el cielo en fruición que rebosará en todos nuestros sentidos y potencias. Pero allí no gozaremos de otro amor que el que hayas adquirido en la tierra; y mientras tanto ya en ésta podemos empezar a deleitarnos en este amor, si no en gozo, sí en dolor.

Y me diréis: ¿y qué regiones de luz tan clara son éstas? Dios en sus potencias y atributos quiere comunicarse con el alma. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo haciendo mansión en ella. Alma que has dado de mano a todo lo que no es Dios y te has encerrado dentro de ti misma, llegarás a ser mansión consciente del mismo Dios. Abstraída por el pensamiento de Dios, **Él** mismo será graciosamente en ella. Ante este pensamiento se explican muchos tro-

zos de las Epístolas de San Pablo, y sobre todo el endiosamiento de un Juan de la Cruz en su vida sencilla. “Es Dios quien levanta el edificio de la santidad en el alma”; nos dice el Santo; y luego el alma ha de hacer el resto: quitar los obstáculos. Y así el Padre que en su presciencia creó los mundos al mirar el caos de la tierra; el Hijo que es su sabiduría: el Verbo Encarnado y el Espíritu Santo, el **amor** de entre ambos y forjador de toda santidad, residen en el alma. La Santa Madre lo explica hablando del Matrimonio Espiritual.

¡Oh, pequeñez nuestra! Dios quiere ser una sola cosa conmigo, y sin embargo si yo no venzo mis apetitos, me opongo seriamente a esa unión. Mas el alma que decididamente trabaja por adquirirla bien puede repetir con el Santo bendito esta su oración del alma enamorada; oración de muchas interrogaciones y tan llena de luz que por ella podemos deletrear todas sus poesías. ¿Qué es **La Llama**? Lo que él mismo dice en su prólogo; escribió lo que sentía en esa unión con Dios. “Cuando los actos del alma son divinos”.

“¡Oh, cauterio suave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda!
¡Oh, toque delicado,

que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en la vida la has trocado”.

¿Y no me ha de saber a vida eterna, si es el toque delicado del ciervo enamorado? Obra de la misericordia de Dios. (Entendida según el Santo Padre). Es mirar Dios a un alma y llenarla de Sí. **“Mírame, ámame”**. Cuando Tú me mirabas, mi corazón se iluminaba, recibía tu luz y así aunque yo tenía apetitos y faltas, ahora soy gracia y hermosura de Dios.

“En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.

Cuánto no se regalaba el Santo bendito diciendo esta estrofa: “Es un entender no entendiendo y toda ciencia trascendiendo”; como nos dice él mismo en otra parte.

Para qué grandes cosas nos ha creado Dios y ha formado nuestro corazón ¡Oh, alma que te entretienes y dedicas tanto a los cuidados del cuerpo y no entras dentro de ti misma, donde están los ojos dulcísimos de **nuestro Padre celestial!** Esa es la santidad

para la cual hemos sido creados, y quiere Dios de nosotros. ¿Por qué no viviremos para Dios totalmente de suerte que en nosotros se haga vida el letrero que domina en la Iglesia de las carmelitas del Cerro de los Ángeles: **“En este santo monte, sólo mora la honra de Dios”**. Así es el alma santa sintiendo el gozo hacia su Padre Celestial, y así vivía el Santo Padre siempre sonriente saboreando la última estrofa de la “Llama”:

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
¡Cuán delicadamente me enamoras!

En su seno, habitaba su Dios y así sólo quiere habitar en nuestro corazón.

¡Oh, Padre mío: ¿por qué podrán las cosas de la tierra, más que las del cielo? Pero quiero darme de lleno a Vos, haciendo estos propósitos: Entraré de lleno en tus amorosísimos designios; quiero hacerme una sola cosa contigo, para ya desde esta vida poder gozarte como mi Santo Padre.

VI

Nos lo dijo el Señor en el Santo Evangelio: “El reino de Dios está dentro de vosotros por la gracia o el amor suyo”. Si Dios está en nosotros, con él están las riquezas, que en este mundo son las virtudes especialmente las teológicas. Dios quiere comunicar y de hecho lo hace, pero según nos disponemos; nos ha creado para llamarnos, no espera a la eternidad para hacerlo, sino que ya en el tiempo lo quiere llevar a cabo. De la Santísima Virgen se dice: “Llena de gracia”; los santos están también relativamente llenos de ellas. Lo que sucede es que en la tierra Dios Nuestro Señor no suele comunicar su bienaventuranza en gozo, pero sí en dolor convertido en **amor**. Así si en mi corazón y en mi voluntad está Dios, estas potencias serán para Él y se emplearán exclusivamente en **Él**. Nuestro Santo Padre preparándose con ahínco, se propone admirablemente secundar la obra de Dios. ¿Cómo estuvo Dios en su alma? Ya lo vimos. ¿Y cómo se preparó el Santo para ello? Es el tema de ahora.

Veíamos que el obstáculo mayor para la santidad es en las almas que están en gracia: los apetitos, cosa que no conviene olvidar; y las pasiones desbordadas en las almas muertas

por el pecado. De estos apetitos debemos purificarnos y hacer penitencia de ellos. Pero como no puede llevarse a la perfección ni lo uno ni lo otro, necesitamos a Dios Nuestro Señor. A este propósito dice el Santo Padre: “Nunca el alma atinara a perfeccionar sus potencias, si Dios no lo hiciera”. Esas potencias que son como los miembros del alma: su entendimiento y voluntad han de purificarse de suerte, que su entender y su amar estén en **Dios**. El medio que únicamente han empleado los santos es **la vida interior**. “Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo, por eso sólo Dios es digno de él, no quieras pues ponerle en la tierra”, nos dice el Santo doctor. Así ni la belleza, ni la grandeza del mundo visible merece que pongamos en ello nuestro pensamiento... Por eso las almas santas se han recogido en sí mismas y viven más para dentro que para fuera. Indudablemente se necesita ser **alma de oración**, de **“comunicación amorosa con Dios”**, para gozar de esta vida. Decimos que es la mirada del alma que empuja el corazón por el amor hacia Dios, buen ejemplo de ello lo tenemos en los padres; la inclinación que Dios ha puesto en ellos con relación hacia sus hijos.

Y decimos que es inclinación amorosa, pero no gozosa. El amor en la tierra es sumamente doloroso muchas veces; y es natural,

precisamente por la misma naturaleza humana. Amemos a Dios; pues entonces se inclina y recuerda nuestro corazón a Dios. Lo que suele suceder y de hecho muchas veces acontece, es que el corazón de carne se nos puede ir a muchos sitios, pero lo importante es que el del alma o sea su creer y su voluntad estén siempre en Dios. No hay que hacer caso del deseo o del sentimiento, ni de la imaginación; sino que nuestra alma viva para Dios. Recordemos a este propósito el caso de San Jerónimo en el desierto y cueva de Belén. Su imaginación le traía allí los cuadros tan paganos de Roma.

La oración es recogerse con Dios Nuestro señor y encaminar a **Él** nuestro entendimiento y nuestra voluntad. El Santo Padre a lo que exhorta más a las almas es a que se preocupen de la atención amorosa a Dios. El alma no necesita de sus discursos (ahora que bueno es que se aproveche de ellos mientras pueda discurrir y entretanto que saque fruto). A este propósito decía San Juan de Ávila: "Si las almas pasasen la mitad del tiempo que gastan en hablar con Dios, lo emplearan en escucharle, saldrían mucho más renovadas y con más fortaleza para practicar la virtud".

¿Y quién no será capaz de oír a Dios? Todavía nuestra voluntad no está espabilada para escuchar a Dios, su voz dulce y callada. Es

decir, cuando el corazón guarda silencio a sí mismo, es cuando oye a Dios dentro de sí y ya decía David que en el trato de Dios se esclarece el alma; y este mismo pensamiento retrata San Pablo cuando dice: "El alma que se junto con Dios, se hace una misma cosa con **Él**". Y las tales almas van cada vez robusteciéndose más practicando las virtudes, que con el lenguaje de la santidad, y el medio mejor para merecer el adelantamiento en este camino de la santidad. Con esta vida de ofrecimiento, de silencio, el alma espiritual se prepara para que Dios Nuestro Padre celestial nos haga vivir como nuestros hermanos los ángeles.

De esta forma se desarrolló la vida de San Juan de la Cruz. El aprendió esta vida desde niño, y fue cooperando a su desarrollo a lo largo de toda su vida. Incluso en las épocas en que naturalmente se hubiese podido secar el corazón, como por ejemplo en los años que pasó estudiando en Salamanca; y sin embargo ocurrió al revés. Se da más a Dios por el conocimiento y el amor. ¿Qué extraño es pues, que en su primera Misa pida al Señor el castigo debido por sus pecados como respuesta a la inefable gracia de ser confirmado en ella? El Santo bendito seguía insistiendo en su petición al Señor del castigo debido por sus pecados cometidos, o que hubiera podido cometer; con

tal de que jamás le ofenda. Es el santo de la vida interior, del amor y por eso es el santo de la entereza exterior y al mismo tiempo de la apacibilidad y ecuanimidad. Ningún sabio ha sabido conformar tan enteramente su vida con sus libros como el Santo Doctor. Y en los hechos extraordinarios, ¡cómo se revela su vida interior! En los apostólicos, como un gran apóstol, porque tenía y vivía la soledad y el silencio de corazón. y a propósito de los apóstoles del Señor, nos dice en sus obras: "Que señal más importante que hacer milagros es en el apóstol tener paciencia".

Esa vida interior que vivía, era tan íntimamente vida, que aún en el exterior se reflejaba. Un día le preguntó una religiosa que, con él tenía mucha confianza, qué le había ocurrido durante la Misa, pues ella había notado algo extraordinario; contestóle él: "Que Dios Nuestro Señor le había comunicado tales cosas, que era mucho no morir de amor en el acto". Y cuando le preguntaron que cómo se las arreglaba para encaminar tan derechamente las almas a Dios, sencillamente decía: **"Yo las almas que dirijo, las veo todas en Dios"**. Y así viéndolas en el Sagrario y Crucifijo, las veía tan en Dios, que hacía milagros en sus almas.

Su amor a la soledad era tan apasionado que hasta en sus cartas nos lo dice, sobre todo

las que escribe desde La Peñuela. En aquel conventico contemplaba la naturaleza que tan bien le llevaba a su Criador. Y Santa Teresa decía de él: "Que era un hombre del todo celestial y divino". Pero siguiendo tan humano, tan sencillo y tan padre al mismo tiempo que la misma Santa decía a sus hijas que nada le tuviesen oculto. Y era divino porque se ha dejado divinizar en el trato íntimo con Dios; y así al correr de los años está tan endiosado, que bien podía decir: **"Ya, si hay bien o mal en mí, todo lo hace el amor de un mismo sabor"**. El caso que le ocurrió un buen día confirma bien su endiosamiento; después de comulgar, estaba tan absorto en Dios, que llegó a perder la memoria y concluida la acción de gracias y colocado el cáliz, se retiró a la sacristía sin haber terminado la Santa Misa. Llevaba al **sol eterno** que lo iluminaba y calentaba. Estaba lleno de Dios; pues según él mismo dice en la Llama: "El alma que se da a Dios, Dios la llena".

Abramos la puerta de nuestro corazón a Dios por la oración y como el Santo bendito no perdamos nunca la presencia de Dios. Tengamos virtudes; démonos a Dios, que no nos pesará.

¡Oh, Dios y Señor nuestro!: puesto que tu reino está en nosotros, danos fortaleza para que lo sepamos vivir como Vos queréis. Oh,

Santo glorioso: Pon tu luz en nuestro entendimiento y la fortaleza en nuestra voluntad, haciendo el propósito de darnos a Dios en la oración y el sacrificio y que tengamos deseos de **amar a Dios**.

VII

San Juan de la Cruz en sus admirables escritos no hizo sino expresar lo que en sí mismo llevaba; al igual que Santa Teresa decía de su autobiografía, a quién llamaba "su alma". Así podemos decir del Santo, que sus escritos son su alma; fuente donde podemos ir a beber todas las almas espirituales; la dificultad la vio el santo perfectamente en sí y en los demás. Vivió en el siglo de los grandes santos y de las grandes inteligencias, y el siglo de los grandes desequilibrios y equivocaciones precisamente.

San Juan de la Cruz vivió a solas esos obstáculos de la vida interior; él solo sufrió sus oscuridades, solo pasó sus días tenebrosos y por eso escribió para ayudar a las almas con sus obras, para que acudan al llamamiento de Dios; por eso sus libros son el gran guía para las almas que verdaderamente quieren darse a Dios. Su principal principio fue la virtud como fundamento de Dios incommovible. Este es el

tema de ahora: **De cómo vivió lo que enseñó y cómo lo enseñó.** La delicadeza que llamea en el santo bendito, no la conquistó en un momento, sino que poco a poco fue adquiriéndola, dejándose labrar por el Señor. Lo que sucedió es que el Santo Padre abrió su corazón a Dios y se le entregó para siempre. Lo que quiere hacer en nosotros, como él mismo dice en un pasaje del **Cántico**: “El Señor llama a las puertas de nuestro corazón”. Y llama y vuelve a llamar. Pero ellas van dando largas y abren a medias y ante las dificultades que se presentan, se amilanan y decaen. A algunas almas parece llevarlas el Señor en palmitas; pero las más y más grandes van por caminos difíciles. Es relativamente fácil que el error entre donde quería hacerlo el Señor. y en esto mejor que en nada es donde se ve la terrible responsabilidad de los confesores encargados de encaminar las almas: que deben ser santos y sabios. Por eso el Santo dice a las almas que tengan mucho cuidado en qué manos se ponen; pues precisamente lo difícil es dirigir las almas que de verdad se quieren dar a la santidad. Ya que a cada alma, Dios la lleva por un camino y hasta a veces hay confesor que niega rotundamente por ejemplo los fenómenos extraordinarios; siendo cierto que hay almas a quienes el Señor lleva por ellos. A manera de paréntesis quiero

indicaros que roguéis por los confesores para que seamos santos y llevemos por su debido camino a las almas. De ahí que San Juan de la Cruz tenga frases tan fuertes para los confesores y para las almas. Tanto que después de leídas, da miedo entrar en un confesonario, porque los caminos del espíritu son inmensurables. Razón por la cual deben procurar los directores de saber y sobre todo de tener espíritu para saberle poner en las almas que en ellos confían. Y si él decía de la predicación que era ejercicio espiritual más que vocal, con mucha más razón esto se puede decir del confesonario. Y aún más: el Santo Padre se decidió a escribir sus obras, porque veía a las almas atadas por sus apetitos y sin ninguna ayuda. Y sin embargo esas mismas almas tendiéndolas una mano pasaban esas tinieblas y maravillosamente dejaban retratarse en su alma los ojos dulcísimos del Padre Celestial.

Como prototipo de estas almas podemos poner a Santa Teresa; pues ella cuanto echó de menos un confesor bueno y cuando ya llevaba mucho tiempo sufriendo por el mismo motivo, es cuando tiene la gracia de hablar con San Pedro de Alcántara; y dice ella de esta entrevista que con una palabra la entendió y la dijo que todo era de Dios; mejor manifiesto no puede darse. Y él junto con San Francisco de Borja

asegurando su espíritu la tranquilizaron completamente. Pero no hay duda que los confesores hicieron sufrir mucho a la Santa Madre, aún con muy buenas intenciones. También con muy buena voluntad los amigos del Santo Job vinieron a verle y sin embargo le hundieron más en su tribulación, diciéndole que él mismo tenía la culpa de encontrarse así, por haber ofendido a Dios, castigándole de esa manera. Señal de lo que hace el confesor indiscreto, que niega todo lo que oye; haciendo que el alma se quede todavía más hundida en sus dudas. Claro que como hay tres causas por las cuales el alma puede sentir lo extraordinario: por Dios, el demonio y el mismo alma, el confesor lo que tiene que hacer es ser sabio y sobre todo santo, y a ser posible experimentado. Pero sobre todo debe respetar el obrar delicado y admirable del Espíritu Santo, cuando un alma le es fiel. En resumen los confesores no tienen sino seguir su moción, la moción de la mano suavísima del Espíritu Santo; y tener mucho cuidado, pues a ellos se les confían las almas que son un blanqueado de oro purísimo que Dios pone en sus manos, para que graben la imagen de Cristo.

Y le dolía tanto al Santo bendito, ver que la mayoría de los confesores no se ocupan de ello tan siquiera, que él sufrió aquella noche exte-

rior de la persecución de las almas buenas y la interior por la terrible desolación porque pasaba entonces su alma, que se decidió a escribir sus obras para ayudar a las almas a saberlas sufrir. Y escribe de la materia más difícil que hay en el terreno espiritual: **De las revelaciones y casos extraordinarios.** Por eso parece que sus obras son difíciles y lo que sucede es que la materia por sí misma lo es; aclarándola él notablemente. Y supo escribir de ello porque era santo, confirmándolo la historia en aquellos hechos que podemos llamar extraordinarios, por ejemplo que los demonios le estaban sujetos y huían cuando en el confesonario levantaba los ojos. ¿Y qué son los demonios para el alma encendida y levantada hacia Dios? **Nada. Absolutamente nada.**

El Santo Padre tenía adquirida la caridad de Dios, por tanta penitencia y oración en sí y por eso veía a las almas, las sabía levantar y desde lejos las conocía. Y así le ocurrió con la religiosa que por presunción se salía de los caminos de Dios. Engañó a todos menos al Santo Doctor. Será otra vez una pobrecita de Córdoba, muy querida del Santo que una vez porque conocía su espíritu hubo de salir con el Copón a la puerta de la iglesia a darla la Sangrada Comunión, porque el demonio sensiblemente la impedía la entrada en la iglesia,

conociéndolo el Santo desde el altar. Y el fundamento de todos estos hechos, es la sencillez de las virtudes que tenía tan arraigadas en sí. Razón por la cual sabía hablar de aquellos toques delicados del Espíritu Santo en las almas y cómo el alma debe corresponder fielmente a ellos. Y con esa austeridad de **La Subida** nos dice que esos toques son “deleite de Dios y saben a Dios”. El alma que ha visto y sondeado, mejor dicho, ha sentido algo de esos toques, ve que en la tierra no hay nada capaz de expresar aún ligeramente estos deleites. Solo él nos da la expresión más aproximada cuando nos dice “**que saben a Dios**” y “**a vida eterna**”; expresión que vale por todo el **Cántico** y **La Llama**. Es algo inexplicable que ocurre entre Dios y el alma: que la eleva hasta su Creador y Padre, pero alimentado todo en las virtudes. Las teologales por las cuales purifica Dios Nuestro Señor las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad; y las cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Y sobreponiendo la humildad; de la cual dice el Santo Padre: “Vale más que todas las revelaciones que son gratis dadas, un grano de humildad”. Y esa es la vida recta y segura del Santo. Y así conduce él las almas hacia **Dios**.

En los últimos años de su vida en Granada, Segovia y el desierto de La Peñuela, adonde se